

Jambalaya

Albert Forns

Jambalaya

Prólogo de Sergi Pàmies

Traducción de Ricard Vela



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Jambalaia

Anagrama

Barcelona, 2016

Ilustración: foto © Martin Parr / Magnum Photos

Primera edición: junio 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Ricard Vela, 2016

© Del prólogo, Sergi Pàmies, 2016

© Albert Fornés, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9815-6

Depósito Legal: B. 10734-2016

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

Jambalaya

Al acqua alta

El avión es un autocar del IMSERSO en versión turistas norteamericanos. Ellos con chalecos de safari y bermudas con bolsillos, lamentando interiormente que no les dejaran embarcar el rifle de mira telescópica; ellas con blusas ramponas de Macy's y peinados a lo Barbara Bush. Han desayunado en el bufet libre del Majestic, ajenos a las miradas que despertaban las sandalias con calcetines, y los taxis los han dejado en el aeropuerto con un cargamento imposible de maletas. Los hay por docenas, son los Charlies y las Nancys, americanos entrados en la edad madura, self-made men de la América profunda que han aceptado el viaje a Europa a regañadientes para que sus mujeres se callaran. Después de Londres, París y Roma, Barcelona es el final de cuatro semanas de recorrido por la vieja Europa, cuatro semanas de hacer cola en los monumentos, de retratarse donde hay que retratarse y de bostezar frente a los cuadros que deben verse en los museos de todas partes. Ella vuelve decepcionada, creía que su francés del instituto le serviría, pero no la han entendido en ninguna parte; él vuelve contento, tras un mes de ese bárbaro darle patadas al balón, estará en casa a tiempo para el Midsummer Classic de béisbol.

Ya en la cabina, el ejército de azafatas disuelve los corrillos de señoras que cotorrean mientras en las pantallas empieza el videoclip con las instrucciones de seguridad. Acostumbrado a la narración soñolienta de las compañías europeas, aquí todos son actores con sonrisas exageradas que interpretan coreografías raperas con los cinturones de seguridad en la mano, Jay-Z coge el avión, Hollywood conquista la aviación. Estoy más tranquilo, ya sé colocarme la mascarilla: en el caso de que el avión sufra un fallo multiorgánico y acabemos convertidos en plancton, podré seguir respirando con normalidad.

Me repantigo en la butaca 43E, no hay nadie en la 43F y proyecto con lascivia un viaje sin nadie al lado, en el que pueda apalancarme y construirme un business class improvisado. Disfruto especulando sobre qué bebida escogeré cuando pasen con el carrito. ¿Vino tinto? ¿Blanco? ¿Cerveza? Incluso me planteo decir «y deje otra botellita de tinto para mi señora, que ha ido al lavabo», pero todo queda en nada cuando veo a una gordita atolondrada que se aproxima. Se presenta, se disculpa por su bolso, grande como un burro, me dice que vive en Nueva York, que trabaja en no-sé-qué de la ONU e incluso me pregunta cosas, pero al cabo de un par de minutos se da cuenta de que yo respondo sólo con ajás y consigo que me deje en paz. La mala educación es una lengua internacional, la indiferencia es el nuevo esperanto. Abre su bolso Mary Poppins y saca dos neceseres y un paraguas antes de que aparezca un libro. Obviamente, no puedo evitar el fisgoneo: *Grain Brain: The Surprising Truth about Wheat, Carbs, and Sugar. Your Brain's Silent Killers* (Little, Brown, 2013; *Cerebro de grano: la verdad sorprendente sobre el trigo, el azúcar y los carbohidratos, los asesinos silenciosos de tu cerebro*). Ahora lamento haberme comportado como un idiota con

ella, podríamos haber charlado durante todo el viaje, eso del azúcar y de los tóxicos en la dieta es mi tema, me obsesiona desde hace años.

Empezamos a correr por la pista y en las pantallas arranca *El Gran Gatsby* de Baz Luhrmann, pero yo paso de más coreografías y cancanes y me pongo con *La versión de Barney* (Sexto Piso, 2011). Me lo ha recomendado Emma, dice que el protagonista le recuerda a mí. El texto es una especie de testamento firmado por un viejo alcohólico, podrido de dinero ganado produciendo series de televisión infumables, y todo el libro es una larguísima carta de amor a su tercera esposa, Miriam, la mujer de su vida. No puede entender por qué demonios se marchó, Barney la echa de menos durante páginas y páginas, porque se largó después de haber tenido tres hijos juntos, de haberlos criado y de haber sido una pareja con gancho, de haber sido los reyes del mambo. Pero todo eso ha terminado, ella ha escogido a otro más joven, un profesor aburrido que, pese a que no tiene la gracia que tenía él, la hace feliz y no le da quebraderos de cabeza. Y Barney venga a beber y a llorar, venga a recordarla y venga a berrear. Apenas la he empezado hace un rato, y quizá no está bien que lo diga yo mismo, pero Barney me parece un tipo sensacional.

El primer servicio de catering lo han despachado minutos después de despegar, un snack hipercalórico de bollería industrial –que tanto la Grain Brain como yo hemos declinado– y la posibilidad de beber algo. Ella ha pedido un té, yo una botellita de tinto. Enseguida me ha dedicado una mirada reprobadora, «¡el alcohol tiene azúcar, insensato!» En realidad, he estado a punto de responderle «pero tiene muchos beneficios cardiovasculares», pero he pensado que era mejor mantener la mímica silenciosa, mejor mantener el encanto. La Grain Brain ha dejado a

un lado el libro y mira arrobada a Leonardo DiCaprio, y yo me fijo en los azafatos y las azafatas mientras degusto el Sangre de Toro. Ellos son George Costanzas latinos, supongo que para atender a los pasajeros que sólo hablan español, y ellas tienen pinta de mammys inglesas a las que la hija acaba de hacer abuelas pariendo a los dieciséis años. Me encanta que sean todos tan normales, hombres feos y mujeres rechonchas contra la dictadura de las minifaldas y los zapatos de tacón.

En las pantallas, Gatsby se acerca al final. Acabo de acordarme de que la mansión del protagonista, aquella Babilonia de mucha pela y poca tela, está situada en Long Island. Tal vez aún exista y pueda visitarla. Sigo con las miserias de Barney, que ahora acaba de soltar una sonata de pedos en el bar de un hotel, aprovechando que la conquista del día se está retocando el maquillaje en el baño: después sabrá que es de pago y que si no afloja no hay servicio. Cuando levanto la vista, veo que la tripulación nos reparte una especie de posdesayuno o prealmuerzo, una intercomida en forma de pizzeta humeante, que de entrada ponía los dientes largos pero que ha resultado tener ese sabor de cartón-trigo patentado por Eismann que tienen todas las pizzas congeladas de Europa occidental. La riego con una segunda botellita de Sangre de Toro.

Entre las batallitas de Barney, repletas de borracheras incontinentes y de conversaciones seniles, se encuentra la tirria constante que siente por los francófonos de Canadá. Despotrica todo el rato de los independentistas quebequeses, y me parece que tendría gracia una novela así ambientada en Cataluña, la historia de un personaje entrañable que renegara continuamente de la catalanidad. Ya me imagino el escándalo entre las solteronas convergentes. Me entusiasmo con la idea y voy esbozando una trama de

amor en medio de una espiral infinita de referéndums y de manifestaciones, cuando un extraño ruidillo me distrae de mi fabular. Llega del asiento de atrás y suena a sorber saliva, a melodía de gargajos. Me doy la vuelta, es un viejo que está sobando y hace ruidos con la boca: en cada espiración está a punto de perder la dentadura y en cada inspiración la pesca en un adagio adormilado.

Con la tercera dosis de vinaza me doy cuenta de un par de cosas: *a)* en el espacio exterior el alcohol sube más rápido, a causa de un principio de la termodinámica atmosférica que ahora mismo no sabría explicaros, y *b)* los vuelos transoceánicos se parecen cada vez más a las granjas de pollos: tienes que sobrevivir embutido en tu jaula de ochenta centímetros cuadrados y dejar que te vayan cebando a base de trigos transgénicos y de carbohidratos bajo la apariencia de inocentes snacks. Pienso que somos mayoría, pienso que podríamos rebelarnos: *we are the 99%*, queremos más espacio, queremos mejores vinos, queremos salmón ahumado Shetland y cortarles el pescuezo a los de primera. Pero no digo nada, soy un cobarde, seguro que en Auschwitz habría dicho que sí a todo y acatado la tiranía, no como Emma, mi bomboncito, que habría acabado ahorcada porque siempre se subleva contra las injusticias. Nos han ofrecido pollo para almorzar, o para cenar, o para la puta comida que toque ahora, precisamente pollo, y llevado por la mala conciencia y por el remordimiento he escogido la opción vegetariana, pasta con brócoli, también precongelada. «Entre el vino, la pizza y la pasta, los carbohidratos harán que te estalle la cabeza», la Grain Brain no dice nada pero se le entiende todo. Ella ha llevado de culo a las azafatas porque dice que quiere ensalada sí o sí, dice que es un derecho nutricional amparado por los estatutos de la aerolínea. Unas horas más tarde, cuando por la pan-

talla ya parece que estamos a punto de asomarnos a Long Island, solicito una última transfusión, que George Costanza me sirve con cara de tú mismo, y me dispongo a afrontar las páginas finales del Barney. Es una ecuación que me encanta: un viaje transoceánico = un libro leído. Tengo que viajar más.

Pobre Barney, pobre Barney, hace años que su mujer lo ha dejado, pero él no puede dejar de pensar en ella. Incluso sintoniza su programa de radio, ya que ha vuelto al oficio de cuando era joven, antes de que él la retirara para que cuidase de sus hijos, y llora y se emborracha y refunfuña y a veces le manda cartas con nombres falsos que ella lee en antena, cartas en las que se hace pasar por oyentes abandonados por sus esposas que le escriben a Miriam para pedirle consejo. Yo estaba convencido de que al final la recuperaría, creía que habría un final feliz lleno de sexo en la tercera edad, pero faltan veinte páginas y lo veo muy crudo, todo parece indicar el desenlace más fatal de todos: morir de añoranza y en soledad. Es jodido que te abandonen, quiero decir que es ley de vida y que hoy por ti y mañana por mí, ya sé que hemos de vivir felices y que no tiene sentido estar con alguien si no hay amor, pero qué quieres, morir de añoranza es una puta mierda. Quizá sea el alcohol, que me ha ablandado, pero no hay derecho, este libro merecería un final feliz, en este mundo no hay justicia, y de repente la frase de Emma me vuelve a la cabeza, «el protagonista me recuerda a ti», no puedo dejar de pensarlo y la idea me aterra. Seguro que sí, seguro que yo seré como Barney, un viejo amargado que llora y recuerda a su bomboncito desaparecido, y de repente me doy cuenta de que estoy soltando los mismos berridos que hemos soltado hoy mismo, hace unas horas, en el aeropuerto: todo iba bien y parecíamos dos adultos capaces de despedirse

sin montar el numerito, hasta que ha dejado de ir bien y nos hemos comportado como dos adolescentes, Romeo y Julieta Redux, y venga kleenex y venga mocos en plena cola, a la vista de todo el mundo, el numerito completo. No me gusta llorar en público, la gente que llora en público no tiene ningún tipo de elegancia ni buen gusto ni respeto por los demás, pero yo soy Barney y no quiero ser Barney, «noooo quieeero seeeer Baaaarneeeey», sollozo y gimo mientras el viejo desdentado de atrás se ha despertado y me golpea el asiento. Me disculpo, me enjugo las lágrimas de la llorera y pido más vino. La Grain Brain le hace señas a Costanza para que no me traiga más vino, y yo me doy cuenta y le digo que quién se ha creído que es, ¿mi tutora legal? No quiero ser Barney, ¿lo entiendes? No quiero perder a la mujer de mi vida, quiero madurar a su lado y tener hijos con ella y envejecer con ella, soportarnos los pedos mutuamente, porque el día que tus pedos dejen de hacerle gracia, mal asunto, y la Grain Brain me mira con cara de lleváoslo o inyectadle un calmante, y yo hago un último intento de explicarle a ella y al latino que sólo pido algo muy sencillo. «¿Agua?», pregunta la Grain Brain con sarcasmo. Pedazo de bruja, sólo quiero que nuestro amor sea de película, que seamos DiCaprio, pero no el de *Gatsby* sino el de *Titanic*, «my heaaaart will go oooon», y el latino me dice que no cante, que hay gente durmiendo y que si sigo armando escándalo me desembarcará directo a la policía. ¡No quiero ser Barney! ¡No quiero ser Barney!, golpeo la bandeja abatible y se me cae el vaso de vino al suelo mientras el latino va a buscar ayuda. Por el amor de dios, no pasa nada, señor copiloto, tranquilícense todos, esto no es ningún escándalo ni un se-cuestro aéreo, es sólo que no quiero ser un viejo amargado que vive del pasado, no quiero una vejez cínica, no quiero

ser un pelmazo, quiero que seamos unos abuelillos con sentido del humor, de esos que con setenta años adoran la Viagra y todavía se dan besos. ¿Por qué lo ha dejado la mujer, a Barney, si es un tío cojonudo? Un poco tozudo, eso sí, y un poco alcohólico, vale, pero ¿dónde encontrarás a un tío como él? ¿Por qué se ha ido? ¿Quizá porque no se puede aguantar todo? ¿Quizá porque ya estaba harta? ¿Y si mi Emma también se marcha?

Esa idea me destroza, pero ya no grito, ahora solamente lloro, y la Grain Brain se ha ido con la tripulación, veo que mantienen un conciliábulo en la cabina y que deciden que se siente en primera clase, a todos los tontos se les aparece la virgen. No puedo dejar de llorar, estoy más ancho, pero ¿y qué? Aquí al lado debería tener a mi Emma, ¿qué demonios hago yo en un avión rumbo a América en lugar de estar a su lado? Y en este momento debe de caerme un torrente de lágrimas por las mejillas, lagrimones de borracho, seguro, porque la mammy azafata que lidera la segunda misión de paz se ha agachado para consolarme y yo me he arrojado hacia ella, me he pegado a esa masa de carne para llorar y he llorado sobre su pecho, ese pecho de madraza que, ahora lo entiendo todo, ha sido escogido en un casting, las mejores especialistas para atender lloros de añoranza en mitad del Atlántico.

El resto del viaje no habría sido demasiado complicado si no hubiera sido por la maleta trasladacadáveres que me he empeñado en traer, llena de los libros que nunca me pueden faltar. El viacrucis para llegar al metro ha sido considerable, pero una vez en Penn Station, donde debía coger el tren, las escaleras mecánicas no funcionaban y, cuando he intentado levantar el muerto, mis pantalones han dicho

basta. Ha sido muy rápido, cuestión de un segundo: he oído el desgarrón fatal y, antes de que mi cerebro fuera capaz de procesarlo, ya estaba notando una extraña corriente de aire a la altura de los muslos que confirmaba mis peores sospechas. Un siete desde el culo hasta media pierna. Me he arrastrado hasta los lavabos como he podido, por delante de las 600.000 personas que pasan diariamente por la estación de ferrocarriles más utilizada de los Estados Unidos, mostrándoles los calzoncillos a los mil pasajeros que pisan Penn Station cada minuto, y allí he abierto la maleta, me he cambiado los pantalones y he vuelto a cerrarla saltando sobre ella con la furia de un neandertal.

Todo ello me ha hecho llegar justísimo al andén, temiendo que el tren estuviera lleno y me tocara ir de pie, pero no. Curiosamente, las filas de la derecha del vagón sí que van embutidas, pero en las de la izquierda no hay sentada ni un alma, así que me repanchigo bien y dejo las bolsas en los asientos de delante, ocupando cuatro plazas en total. Temo que exista algún tipo de segregación por asientos, que los de la derecha sean los de clase turista y los de la izquierda estén reservados a viajeros especiales, pero qué va, cuando el tren arranca y emergemos a la superficie lo entiendo todo: durante las dos horas de trayecto hasta el final de Long Island, las maravillosas vistas de las playas atlánticas quedarán a la derecha, mientras que a la izquierda sólo podré ver un talud de hormigón. Acostumbrado a los cercanías del atardecer, llenos de trabajadores, me ha sorprendido que este tren sea una fiesta continua. El vagón está lleno de jóvenes montando bulla, saltando sobre los asientos, cantando himnos alcohólicos y flirteando entre sí. Y bebiendo, yo creía que el botellón era una práctica peninsular, pero ya veo que es como la «Macarena», patrimonio universal. Me ha recordado el

ambiente de aquel cercanías de medianoche hacia Sant Ceroni de comienzos de 2000, el trayecto más peligroso de la historia. Parecía un tren que transportara presos de máxima seguridad, pero en realidad llevaba a la muchachada a la discoteca Pont Aeri. Peleas a navajazos, comas etílicos y chavales metiéndose rayas en medio del vagón... Los de hoy llevan ropa surfera, sombreros fedora y barbas de Matusalén, pero se comportan igual que aquel otro ganado.

Me imaginaba que el rebaño hipster se bajaría en los Hamptons, pero veo que me acompañarán hasta Montauk. Nos detenemos un rato, una fuerte tormenta ha derribado árboles sobre la vía. Se quejan, le sueltan unas cuantas coques al cristal, pero, salvo eso, nada, siguen gritando y bebiendo. Al final nos hemos retrasado más de una hora, pero en el convoy había wifi y he pasado el tiempo mandándole mensajitos a Emma. «¿El viaje bien?», me pregunta. «Huy, sí, todo muy tranquilo.» Cuando el sol se pone, llegamos a la estación, final de línea. «Bienvenidos al fin del mundo», dice el maquinista por megafonía, «Montauk, final de trayecto.» El andén está medio vacío, la hipsterada ya se ha ido y yo me quedo rezagado arrastrando el sarcófago. Por toda la estación, un reguero de adhesivos amarillos, «Respeten Montauk», que los chavales se han dedicado a arrancar. Fuera, el taxi todavía me espera a pesar del retraso. Un grupo de surfistas intenta birlármelo, pero por suerte el tío es íntegro, «tenía instrucciones estrictas y un sij siempre cumple su palabra», me dice. Se merecería una propina, pero sólo tengo billetes grandes y decido hacerme el europeo. Eso sí, aprovecho su amabilidad para que me meta el muerto en el maletero, sus pantalones seguro que no son tan caros como los míos.

Cuando por fin llego a la granja, me esperan a oscuras: se ha ido la luz por culpa de la tormenta y se alum-

bran con velas. Primero he pensado que era una performance para impresionarme, alguna clase de ritual orgiástico, algo tipo «¡quítate la ropa y canta “Like a Virgin”!»), pero no, porque me dejan cenando solo, a base de sobras, mientras ellos salen fuera a beber. Luego me uno a ellos, me ponen una copa en la mano y empiezan a interrogarme, que si Barcelona, que si Messi, que si sé hacer una paella y bailar flamenco. Sacando ánimos de donde puedo, les digo que soy catalán, que de flamenco nada, que nosotros sardanas, pero me parece que no han entendido gran cosa. El vino es bueno –argentino, me parece–, pero no me tengo en pie, así que les digo que estoy KO por el jet lag, que mi reloj interno ya marca las seis de la mañana. Una chica asiática me señala el cuarto que tengo que ocupar mientras los demás, me ha parecido entender, se van a hacer surf.